

# BOCA RATON

## (Crónica de una tarde de domingo)

Roberto Perinelli

Personajes: 3

La Tía, sesentona.

Elena, un poco menos de cuarenta, aún apetitosa.

Chichita, una adolescente de 19 años.

Acto único

Barrio de Nuñez.

El living de una casa con jardín. Buen gusto en la decoración y buenos muebles, aunque muy usados. Los deterioros han sido disimulados con inteligencia.

La Tía, apoltronada en un sillón, las piernas estiradas y apoyadas sobre una banqueta, lee un libro de muchas páginas.

Viste un juguín desteñado. Fue flaca, ágil y musculosa (una deportista), pero ahora engordó. Años que no mueve un músculo y años que fuma cigarrillos negros como si con cada chupada se los quisiera comer enteros.

Entra Chichita, adolescente vestida de tenista Wimbledon: blusa, pollerita, zapatillas, todo blanco. Llega triste y malhumorada.

Arroja la bolsa con las raquetas. Gran estrépito.

La Tía se sobresalta, asustada. La mira, acusadora.

Chichita: No se rompen.

Tía: (se tranquiliza) Es que sigo creyendo que se hacen de madera.

Chichita: Otro material...

Tía: Lo sé. No estoy tan anticuada. ¿Carbono?...

Chichita: Carbono. Igual se rompen.

Tía: ¿En qué quedamos?

Chichita: El encordado. Acabo de romper uno en la cancha. La tiré así contra el suelo y el encordado saltó como si fueran resortitos.

Saca de la bolsa la raqueta rota. Se la muestra.

Tía: Por una cosa así, en mi época, te multaban.

Chichita: Ahora también. Mamá se iba a ocupar de arreglar eso (pausa) Toda la tribuna me silbó.

Tía: Un papelón.

Chichita: Tenía que sacarme la rabia de encima. Si solo me faltaba un tanto para... (no continúa).

Tía: ¿Para?

Chichita: Perdí, tía.

Tía: Qué novedad... (se interrumpe, porque padece un fenomenal ataque de tos).

Chichita: Tía.

Tía: ¿Qué pasa m'hija?

Chichita: Tenés que dejar el pucho, vas a reventar.

Tía: Otra novedad. Reventar, claro. Como los sapos que cazábamos en el club...

Chichita: Y les ponían un cigarrillo en la boca, chupaban el humo, se hinchaban y explotaban como una bomba: ¡pum!

Tía: Cuando eras chiquita no te cansabas de que te contara siempre la misma historia.

Chichita: Crecí.

Tía: Creciste (vuelve al libro).

Pausa.

Chichita: Fallé en el saque.

Tía: Ahora soy yo la que tiene que escuchar historias conocidas.

Chichita: Fallé una barbaridad.

Tía: El saque es tu punto débil. Tu madre no se cansa de repetirlo. ¿Dos sets?

Chichita: Seis dos, seis dos.

Tía: Catástrofe. ¿Y qué pasó con tu madre? ¿Dónde está?

Chichita: Me estuvo viendo.

Tía: Casi ni almorzó para irte a ver. Mordisqueó no sé qué y salió corriendo...

(otro ataque de tos) No solo es el tabaco, Chichita. También un poco de bronquitis.

Chichita: No salga al jardín. Anoche hacía mucho frío y usted andaba por ahí, escarbando...

Tía: Matando hormigas. Pelaron el jazmín, Chichita, la planta que mas quiero...

¿Pero por qué tu madre no vino con vos?

Chichita: Se quedó a arreglar lo de la multa.

Tía: Por fortuna vivo con los Onassis. Tienen plata para gastar en dos taxis.

Chichita: Yo no vine en taxi. Tomé el tren.

Tía: ¡Milagro! ¡Dios existe! Pero ni borracha tu madre va a tomar el tren. Y aquí no hay qué cocinar esta noche...

Chichita: Cuando le ponía potencia perdía dirección.

Tía: ¿De qué me estás hablando, criatura?

Chichita: Del saque, tía.

Tía: Y yo del hambre que vamos a tener apenas oscurezca. Adentro de esa cocina hay solo tres papas. Una para cada una. ¿Majestad, las desea con sal o sin sal?

¿Eliminada?

Chichita: Claro.

Tía: ¿Cuánto nos perdimos?

Chichita: Dos mil pesos a la ganadora.

Tía: ¡Carajo, es plata! Con razón tu madre se mordía los codos. No se podía quedar quieta un minuto, como si tuviera alfileres en el culo...

Chichita: Mil a la segunda y quinientos a la tercera.

Tía: ¿Qué pasa en ese club que está gastando tanto en torneos? Hasta ahora solo daban medallitas... Bueno, yo no tengo ningún derecho a criticar. Yo jugaba por un sanguiche de mortadela. Nos hubiera venido bien esos dos mil pesos, Chichita. O el segundo o el tercero. Quinientos también es buena plata.

Chichita: Yo abandono, tía.

Tía: ¿Oí bien?

Chichita: Oyó bien. Abandono.

Tía: Decile eso a tu madre. Decíselo apenas entre y ella te abre el marote de un palazo y te come el cerebro por la grieta. ¿Se quedó a jugar?

Chichita: La invitaron y la estaban esperando en la confitería.

Tía: ¡Va a perder también! Si no tiene idea de cómo se juega a la canasta. Ay, ay... Dios se atora con ustedes dos. No sabe cómo ayudarlas. Yo tampoco, eso que todos los días le pongo velas a la virgen desatanudos...

Chichita: No sirvo.

Tía: ¿De dónde sale ese no sirvo?

Chichita: El último campeonato lo gané cuando era chiquita así, cuando todavía era cadete.

Tía: Una mala racha...

Chichita: ¡No! Ni mala racha ni nada. No sirvo.

Tía: ¿Edad?

Chichita: ¿Para qué me la pregunta, tía? Si la sabe.

Tía: Me olvidé. Eso les ocurre a las viejas. Se olvidan de las cosas. ¿Edad?

Chichita: Diecinueve, diecinueve años.

Tía: Diecinueve años. A esa edad, Chichita, se sirve para todo, para lo que a una se le ocurra: verdulera, criadora de ganado, mecánica de automóviles, médica... No es edad para dejar nada, sino para empezar. ¡Tenis también! La vida, a tu edad, se presenta como una gran puerta que se abre así, con un empujoncito

apenas de este dedito... Ay, de dónde estoy sacando estas cosas yo.

Chichita: De los novelones que lee. Usted también me dijo una vez que hay que nacer con condiciones, que de otro modo...

Tía: ¿Condiciones? Un chiquitito así. ¿Talento? Otro chiquitito. El resto es trabajo. Frontón y frontón. A ver esas gambas.

Chichita: ¿Qué?

Tía: Las piernas, tonta. Quiero verte las piernas. Mostrame.

Chichita le muestra las piernas.

Tía: Levantate la pollerita que no veo nada. Ahora tensá los músculos.

La Tía toquetea.

Tía: Ahora dése vuelta. Así, muy bien. ¡La pollerita! Los músculos tensos otra vez. Sin pudor Chichita, que más de una vez te tuve que limpiar la caca...

Chichita: Pero era una nena.

Tía: ¿Y ahora que sos? ¿Una mujerona? Esto de abajo está todo bien. Empuñá la raqueta.

Chichita empuña la raqueta rota.

Tía: Pegue, quiero ver cómo pega.

Chichita: Usted nunca me enseñó nada.

Tía: Tampoco ahora, querida. No tengo nada que enseñarte. Para eso tenés un entrenador. Moreira es muy bueno. Entrenó campeones. Vamos, quiero verte pegar, solo eso. ¡Vamos!

Chichita raquetea el aire.

Tía: Muy bien, te movés bien. Pegue ahora.

La tía le arroja una pelota imaginaria, que Chichita rechaza con su raqueta rota. Las respuestas entusiasman a la Tía.

Tía: ¡Drive!... ¡Revés!... ¡Drive!... ¡Otro!... ¡Y otro!... ¡Revés a las líneas!...  
¡Bien, muy bien!... ¡Toque corto!... ¡Corto, corto, que muera detrás de la red!...  
¡Muy bien!... ¡Muy bien Chichita!... ¡Drive!...

No se puede seguir, la tía sufre uno de sus ataques de tos.

Tía: (cuando se recupera) Quiero ver esos hombros. Aspire profundo y levante los brazos. Ahora dése vuelta. Lo mismo, respirando profundo y levantando los brazos. Muy bien. La tonicidad muscular de un toro. Y pegás fuerte. Un pelotazo tuyo puede agujerear una pared. Ahora los dientes, como los caballos...  
Chichita (escapa) ¡No! Qué tienen que ver los dientes, está jodiendo tía...

Es cierto. Rien. La Tía la persigue.

Tía: Y no digo nada del culito...

Chichita: ¡Tía!... (la Tía se lo pellizca) ¡Nooo!...

Nuevo ataque de tos de la Tía.

Chichita: ¡Me gusta, se lo merece!

Tía: (por supuesto, cuando se calma) A esos dos manzanitas le faltan un golpe de horno. Pero eso no te compete a vos, Chichita, sinó a algún muchachito pícaro que se atreva a ir metiendo la mano por ahí...

Chichita: ¡Me da vergüenza lo que dice!

Tía: ¿Ya hay algo de eso, no?

Chichita: ¡Mentiras!

Tía: Tiene voz de tonto pero nunca se sabe. Esos que la van de mosquitas muertas son los peores. Carita de bobalicón y mañas de diablo.

Chichita: ¿Llamó?

Tía: Tres veces.

Chichita: ¡Boludo! Le dije que tenía torneo.

Tía: Y yo también, pero se hizo el que no se acordaba. Y volvió a llamar dos veces más, preguntando si ya habías vuelto.

Chichita: (ríe, no puede seguir sosteniendo la mentira) Noviábamos en el colegio, pero ahora...

Tía: ¿Ahora, qué pasa ahora? Cuidado, Chichita. Yo me hice la reina y se me fue la mano. Cuando quise retroceder no me quedaba ningún candidato a la vista... Me quedé sola.

Llega Elena.

Vestimenta sport muy elegante pero sin ostentación. Elena es fina y tiene gusto. Nadie podría adivinar a través de su apariencia que está pasando por una pésima situación económica.

También fuma, entra fumando, y repitiendo well, well, un sonsonete al que recurrirá cuando está alterada.

Elena: Well, well... (simula no ver a Chichita) ¿Y Navratilova?

Tía: Se saluda. Así me enseñaron en mi casa.

Elena: Buenas tardes tía, estoy buscando a... ¡Ah, aquí está!

Tía: Tranquila Elena. La nena está muy lastimada... (ataque de tos).

Elena: ¿Dónde hay un cenicero?... (lo encuentra. Apaga el cigarrillo, lo muele dentro del cenicero) Ya no sé cuántos me fumé, perdí la cuenta... (cuando la Tía se calma) Es que fue una tarde atroz, tía, ¡atroz! Para colmo el taxista que me trajo hasta acá me quiso levantar. ¡Bingo, cartón lleno! ¡Negro de mierda! Un pobre negrito de villa que se creyó que conmigo... Le di un piñaso en plena jeta y me bajé. ¡Basura! De paso me ahorré el viaje. Lo dejé caliente y sin una moneda... (saca el dinero escondido bajo el corpiño).

Tía: ¡lupi! Tenemos para la cena.

Elena: Tenemos, sin muchas ilusiones, claro. Nada de pato a la york... ¿Pizza?

Tía: Engorda.

Elena: Con doble porción de muzzarella. Ya que vamos a terminar en el infierno...

Tía: ¿Fainá?

Elena: Fainá, sí señor.

Elena simula descubrir a Chichita.

Elena: ¡Ohhh!...

Tía: Te pido que no la martirices, pobre chica. Está dolida...

Elena: ¡Le aplicaron una multa, tía! ¡Por mal comportamiento! Tragame tierra, dije. Igual fui a ver si podía salvarla. Inútil. Hablé y hablé, sin parar, como una cotorra, y no hubo caso... ¡Ay, qué día, qué día! Voy a hacer que explote el mundo, ahora mismo, así se termina todo. Con un poco de voluntad lo consigo... (cierra los ojos y cuenta) Uno... dos... ¡y tres!

Elena abre los ojos; por supuesto, no pasó nada.

Elena: (a la Tía) Seis dos, seis dos. ¿Qué le parece?

Tía: (no sabe qué contestar) Una derrota.

Elena: ¡Una catástrofe! Y se comió tres aces...

Chichita: ¡Dos!

Elena: ¡Ah, por fin reaccionó la mosquita muerta! Yo creía que los ratones te habían comido la lengua... ¡Tres señorita, tres! ¡Fueron tres aces! El tercero no lo dio el umpire pero la pelota picó dentro de la cancha (a la Tía) Ciego el hombre. Unos lentes de este grosor, no veía una vaca a dos metros... (a Chichita) Mauricio también la vio adentro. "Picó adentro Elena, esa pelota picó adentro" me dijo al oído. (a la Tía) Al pobre le rasjuñé todo el brazo. Cuando esta pavota fallaba yo le clavaba las uñas hasta el hueso... (suspira, ahora con satisfacción) Lo único rescatable: Mauricio. ¡Qué hombre! ¡Y qué enamorada estoy, tía...!

Chichita: ¡No te aguanto! (se va).

Elena (toca una trompeta imaginaria) ¡Tutu, tu, tutu! ¡Abran paso que se retira la reina! ¡A ver, la guardia de honor! (a la Tía) ¡Y si hubiera visto a la rival! Así, un taponcito de sidra. Usted, en sus buenos tiempos, le hubiera pasado por encima...

Voz de Chichita: (desde adentro) ¡Pero llegaba a todas!

Elena: (le contesta) Anduve averiguando y me enteré de que no te duchaste en el club.



Voz de Chichita: No tuve ganas.

Elena: ¡A la ducha entonces! Dentro de un rato vamos a cenar y no quiero ver cerdos sentados a mi mesa.

Tía: Nena, vení para aquí.

Chichita no contesta.

Tía: Querida, te estoy llamando.

Chichita: (se asoma) Me tengo que duchar, tía.

Tía: Vení.

Chichita se acerca y la Tía la abraza, la besa.

Tía: Quiero que hagan las paces. No se cena con cara de culo. La comida cae mal.

El gesto de la Tía derrumba a Chichita, que llora, abrazada a ella.

El llanto afloja la agresividad de Elena.

La Tía se desprende de Chichita, la empuja hacia Elena, que la recibe con otro abrazo.

Elena: ¡Chichita, mi nena, mi nenita! No, no, no llore... (Chichita llora más fuerte) Decime, contame qué te pasó. Vos nunca jugaste tan mal. Con Mauricio nos preguntábamos qué... ¿Estás indispuesta?

Chichita niega con la cabeza.

Elena: ¡Cierto que no, si eso fue la semana pasada! (la sigue besando, estrujando) ¿Entonces, cuál es la explicación?

Chichita (sorbiéndose los mocos) No sé. No quiero jugar más, mami.

Elena (no registra) Por suerte hay revancha, Chichita. La mala racha se va a cortar...

Chichita: Mami, te...

Elena: Precisamente Maidana me preguntó si ibas a participar de la Copa Ford y

yo, naturalmente, le dije que sí. Maidana me dijo que para hacer un buen papel hay que entrenar mañana y tarde, porque ahí compite lo mejor de lo mejor...

Chichita: Mamá...

Elena: Se hace en... en... Bueno, en una provincia del norte, de esas donde mata el calor. Habrá que darle al potasio. Ya se verá cómo te lo metemos en la dieta...

Tía: Esta chica no puede ir a ninguna parte. Hay que comprarle ropa. Fijate cómo le aprieta este calzón (manosea bajo la pollerita).

Elena (también mete la mano) ¡Horror! Es que esta chica crece y no para de crecer. Un pedazo así cada diez minutos. Está usando ropa de cuando pesaba diez kilos menos. Cuando te saques la ropa fijate lo que pasa por ahí abajo.

Seguro que tenés todo rojo, paspado. No hay que dejarse la trusa puesta después de haber transpirado tanto... (a la Tía) Porque transpirar, transpiró. Eso hay que reconocerlo...

Chichita se va, por fin.

Elena: (le grita) Ponete talco. En mi habitación vas a encontrar un talco francés, muy bueno. Lo compramos cuando... (suspiro) Ah, París, París... Yo sé que voy a volver. Volveré, volveré cuando mi hijita juegue en Roland Garros...

Elena baila y canta una canción francesa.

Elena: (reacciona, de pronto) Hay que conseguirle un sponsor, tía. Urgente. Que la vista de pies a cabeza. A usted todavía le deben quedar vinculaciones. Algún gerente de alguna empresa de primera marca...

Tía: ¿Qué se le ofrece, Elena?

Elena: Una promesa. Campeona en cadetes.

Tía: ¿Hace cuánto?

Elena: Apenas el año pas... No, hace dos años, tres... Recuerde cómo volteaba muñecos, tía: pa, pa...

Tía: No alcanza.

Elena: Llevemos medallas tuyas, tía. Esas que tienes guardadas. Le decimos que...

Tía: ¡Qué disparates estás diciendo, Elena! Todas tienen la fecha marcada. Y muchas hasta mi nombre.

Elena: Yo creía que hoy no iba a perder. Jugaba contra nadie, tía. Pero cuando se iba recuperando de la paliza del primer set, resbaló. Venía una pelota fácil y resbaló. Y ahí perdió la concentración. Con Mauricio nos dimos cuenta. "Esa chica perdió la concentración" me dijo Mauricio, al oído. Well, welll... (suspiro) A la madre no le fue mucho mejor.

Tía: Perdiste.

Elena: (asintiendo) Well, well... Esas putonas me pelaron como a un pollo de granja. Solo salvé la plata del taxi. Estuve a punto de meter la mano aquí, sacar el tesoro... pero no, ¡me resistí!

Tía: ¿Pediste prestado?

Elena: ¡Vade retro! ¿Qué es lo que prometí, tía? ¡Jamais, jamais! Debo fortunas, estoy enterrada hasta el cuello. Cuando perdí la última moneda me paré, cual duquesa, saludé a todas, una por una, con besitos, chuik, chuik, chuil, y me retiré por el foro. Claro que más de una esperaba que le pidiera plata. Pero no les di el gusto. ¡Conchudas de mierda! Duquesa, duquesa, ni una parola...

Tía: Pedí la pizza.

Elena: (contando el dinero) ¿Cuánto agrega usted?

Tía: ¿Cuánto falta?

Elena: Monedas para la propina, unas moneditas. Eso solo.

La Tía rebusca en sus bolsillos. Entrega monedas.

Elena: Entonces, ¿también fainá?

Tía: Tres porciones.

Elena: (corrige) ¡Seis! (marca un número en su teléfono celular) Al infierno de cabeza, tía... (la atienden) Ricura, ¿cómo te va?... Sí, sí, ya sé que me reconocés. ¿No hay nadie más que te diga ricura?... ¡Ah, pícara, pícara! Bueno, yo a tu edad era igual, así que... Sí, estudié locución y también hice bastante radio. Después de cansé y me dediqué al modelaje... No, no, nada de eso,

querida. Es lo que la gente cree. Se gana plata, pero no tanta... No chiquita, no, ahora no me llaman más: crié caderas y se cayeron ciertas cosas (risotada) Pero no demasiado, tampoco exageremos. A mi edad todavía sigo dando campanadas (risotada) Talán, talán... (otra risotada) Yo veo cómo los hombres me miran y que querés que te diga, me hace sentir bien... Vos tendrías que dejar ese trabajo y dedicarte a algo mejor... ¡Ah, qué jovencita que sos! Yo te daba un poco más... No sabía que estudiabas eso, ¿de qué se trata?... Muy raro para mí, no entiendo... Claro, claro, siempre hay que pensar en irse al exterior, con eso aquí no se progresa, con nada te diría.... Bueno, sí, sí, vamos a lo nuestro... Una pizza grande con doble porción de muzzarella... Sí querida, si, te espero... (ahoga el tubo, a la Tía) Atiende el teléfono de un delivery y no tiene un lápiz a mano. ¡Ah, qué país, qué país! ¡Qué falta de profesionalidad! Mauricio tiene razón, aquí está todo manejado por improvisados... (la atienden) Sí querida, ¿ya tenés para anotar?

Suena el teléfono de piso.

Elena, con señas, le pide a la Tía que atienda el llamado.

Elena: Una pizza grande con doble porción de muzzarella.

Tía: (atiende el teléfono) Hola... ¡Hola Norberto, cómo le va! Tanto tiempo que no llamaba. La verdad que es una linda sorpresa...

El llamado altera a Elena, la distrae.

Tía: ¿Cómo andan sus cosas?...

Elena: (la reclaman del otro lado) Sí, sí querida. Perdoná. Me distraje...

¿Anotaste una pizza grande? ¿Con doble porción de muzzarella?...

Tía: Sí, sí, por aquí llegaron noticias de esos huracanes...

Aparece Chichita recién salida de la ducha, envuelta en una toalla, atraída por el llamado.

Elena: (reprocha a Chichita) ¡Qué necesidad! Salís de la ducha caliente... ¡Fijate cómo estás temblando!

Chichita: ¡Es papá!

Elena: (la imita, burlona) Es papá... (al teléfono) Sí, sí querida: doble porción de muzzarella...

Tía: Yo pensé mucho en usted y su familia. Vimos por televisión como el ventarrón se llevaba todo, las casas que se venían abajo, parecían de cartón...

Elena: (siempre pendiente del llamado que atendió la Tía) Y seis porciones de fainá... Seis, sí querida...

Tía: ¡Menos mal! Tuvieron suerte... ¿Los chicos, Norberto?...

Elena: Un minuto, nena, no me cortes que te quiero pedir algo más... (a Chichita) ¡Te vas a agarrar una pulmonía!

Chichita se obstina en quedarse.

Tía: Es lo que ocurre, siempre salen diferentes. Si a uno le gusta estudiar, al otro le gusta otra cosa...

Elena: (al teléfono) Te pido que me la traigan bien caliente. La última llegó tan fría que no se podía comer, parecía goma de mascar...

Tía: Nosotros andamos bastante bien. Poco de qué quejarse...

Elena: Me imagino que ya tienen registrada la dirección... Ah, bueno...

Tía: Está aquí, justo al lado mío, a punto de arrancarme el tubo de la mano (ríe)...

Elena: ¿Cuánto? ¿Diez minutos? Muy bien. Un besito, nena (corta).

Tía: Ya le paso. Adiós Norberto, fue un gusto escucharlo... Gracias, gracias... (extiende el tubo a Chichita) Tomá.

Chichita (al teléfono) ¡Papá, qué alegría! ¡Cuánto hace que no llamabas!...

Elena: (confidente, a la Tía) ¿Qué comenta la basura esa?

Tía: Que el último huracán pasó a dos kilómetros de su casa. Se salvaron por un pelito.

Elena: Lástima. Ojalá hubieran muertos aplastados, él y la yegua esa.

Chichita: ¿Una sorpresa? ¿Cuál es la sorpresa?

La palabra "sorpresa" altera a Elena.

Elena: ¡Ay, tía! Tengo miedo... Algo se trae ese hijo de puta. No sé por qué, pero lo presiento.

Chichita: ¡Nooo! ¡Claro que quiero, cómo no voy a querer!

Elena: Qué se imagina usted, tía. Dígame. Usted es un poco bruja...

Chichita (quita las dudas, comunica lo que le acaba de proponer el padre) ¡Papá me invita a pasar el verano con ellos!

Elena: ¿El verano?

Tía: Tres meses. Allá está por comenzar el verano.

Elena: (a Chichita) Decile qué imposible, que no tenemos un peso para pagarte el pasaje...

Chichita: (no escucha a su madre sino a su padre) ¿Dónde tengo que retirarlo?

Esperá papi, esperá que anoto...

Elena, resignada, le presta una lapicera; la Tía un trozo de papel.

Elena: (se derrumba en un sillón) Canalla.

Chichita: Decime papi... (anota) Mañana mismo voy a retirarlo... No, no, aquí no es feriado. Te estás olvidando de todo, papi, hasta de los feriados...

Elena: (sin énfasis, derrotada) Cortá pronto, Chichita, te vas a resfríar.

Chichita: Papá quiere hablar con vos.

Elena: ¿Conmigo? Decile que me fui a vender perejil a Manchuria.

Chichita: (desconcertada) Mamá, por favor.

Elena: (la imita, se burla) Por favor... ¿Qué quiere de mí?

Chichita: No sé, me pide que te pase el teléfono.

Elena: Dame.

Chichita: Chau papá, papito... La verdad es que me estaba duchando y me estoy muriendo de frío. Chau... Chuik, chuik... (entrega el tubo a su madre, sale corriendo).

Elena (desganada) Hola... ¿Qué tal, cómo te va?... Sí, sí, algo escuché... Soy la madre, me parece que antes tendrías que haberlo consultado conmigo... ¿Cuándo

sería eso?... ¡El miércoles! ¡Y llamás tres días antes!... Está bien, está bien, pero no permito que sea por todo el verano... No, no está yendo a la escuela. Tomá nota de la vida de tu hija, Norberto, la nena terminó el año pasado... No, nada de universidad, no quiso seguir... Todo el verano yo no lo voy a permitir... Ah, claro, sí, sí... Ahora soy yo la que tiene que tomar nota, la nena ya es mayor de edad y no necesita de ningún permiso... (furiosa) Entiendo Norberto, entiendo, confío tanto en vos que ni siquiera lo voy a consultar con mi abogado... Me calmo, muy bien, me calmo... (suspirazo) Ya estoy calmada... Hace tenis, desde chica, eso lo sabés. Y tiene muy buenas condiciones. Esta tarde acaba de ganar un gran partido y... ¡No!, lo que más me importa es que Chichita es la alegría de la casa y me la estás quitando, Norberto... Eso lo decidí hace tiempo: no quise tener más hijos y tampoco marido. Con una experiencia tan mala me bastó... No, no, yo tampoco quiero discutir... Una cosa, Norberto, escuchame que es importante: te la mando con lo puesto porque casi no tiene que ponerse. Creció mucho, de golpe, y todo le va chico... Ay, perdón, perdón, me olvidaba que estoy hablando con Norberto Bataglia, el ingeniero millonario... Bueno, no tenés que refregarme que te va tan bien, ¡aleluya!... Es que esta conversación me está fastidiando, por eso voy a cortar... Chau Norberto (corta abruptamente. A la Tía, que la mira) ¿Qué?

Tía: Que jamás voy a volver a quejarme de mi soltería.

Elena: No a todo el mundo le va tan mal... (vuelve al sillón, marca un número en su teléfono celular. Aguarda, nadie la atiende. Se alarma) ¿Cómo es que este hijo de puta no está en casa? ¿Por dónde anda a esta hora? No será que... (se suaviza cuando tiene que transmitir el mensaje) Hola Maurice [sic], soy yo, Elena. Tengo que hablar con vos. ¡Urgente! Olvidate de la hora, llamame en cuanto llegues. Supongo que voy a estar toda la noche en vela. Adiós. Un beso así de grande (corta).

Tía: A Norberto siempre le molestó que Chichita no siga estudiando.

Elena: Es fácil opinar cuando se está a diez mil kilómetros de distancia.

Tía: Ahí donde vive él hay buenas universidades.

Elena: (asustada) ¿Qué me quiere decir, tía? Qué ese canalla...

Suena el timbre.

Tía: Voy yo.

Elena: Fíjese que esté bien caliente. Si la trajeron fría se la manda de vuelta. ¡Y ni un centavo de propina!

La Tía sale.

Una música alegre, tropical, bullanguera, comienza a oírse, proveniente de adentro de la casa, del cuarto de Chichita, que poco a poco va aumentando de volumen.

Elena se asoma desde el living. Se muerde la bronca.

Elena: Baila, baila... La muy hija de puta baila.

Elena maltrata al celular cuando marca otro número.

Elena (la atienden) ¿Moreira?... Por suerte lo pesqué en casa... Soy Elena, la madre de Chichita... Déjese de embromar, Moreira, de qué campeona me está hablando, no estoy para chistes... ¡Por eso lo estoy llamando! ¡Escúcheme, por favor! Mañana Chichita no va a ir al entrenamiento. Tampoco la anote en la Copa Ford. ¡No, no Moreira! No. Chichita no va a jugar ese torneo ni ningún otro, se va, se va del país... No Moreira, se va para no volver... Se va a vivir con el padre a... Ya sé que es una muy mala noticia. Nos deja, Moreira, a usted, a mí, a todos... Se va a vivir a los Estados Unidos, su padre tiene casa en la Florida, cerca de Boca Ratón...

Elena sigue hablando, dando explicaciones, pero no se escucha lo que dice porque la música ya atruena y apaga su voz.

Vuelve la Tía, con la caja de pizza.

Elena le pregunta con una seña. La Tía responde con otra: "sí, la pizza llegó bien caliente".-

Oscuro.



Roberto Perinelli. Correo electrónico: [rperinelli@ciudad.com.ar](mailto:rperinelli@ciudad.com.ar)

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2007

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

[www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar). e-mail: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)